

Kurt Diemberger: Sólo se vive dos veces

ANTXON ITURRIZA

TRAS ocho días de letargo, de mantenerse en el filo de la navaja entre el suelo y la muerte, desde una pequeña madriguera, colgada a ocho mil metros en las laderas del K2, surgía una figura humana que parecía regresar del más allá. De hecho, allá abajo, el mundo le había dado ya de baja de la nómina de los vivos, porque nadie había sido capaz de sobrevivir durante tantos días en la zona de la muerte. Pero Diemberger, el viejo oso del Himalaya, lo iba a lograr.

Dicen las biografías que Kurt Diemberger nació en Salzburgo (Austria) en 1932. Sin embargo, las reseñas alpinas deberían añadir que el veterano himalayista volvió a nacer en las alturas del K2 en el verano del 86, cuando sobrevivió a una de las mayores tragedias que ha conocido la historia del himalayismo.

En ese segundo alumbramiento a la vida Kurt dejaría varias falanges de pies y manos y un trozo intangible pero fundamental de sí mismo junto al cadáver de su compañera Julie Tullis.

Kurt ha regresado al Himalaya y ha vuelto también a Euskadi tras una larga ausencia. Un poco más viejo, un poco más triste, el austríaco ha llegado con un libro debajo del brazo en el que ha transmitido toda la carga emocional vivida en la terrible experiencia del K2.

—El escribir este libro era algo necesario por varias razones: para que pudiera reencontrar el equilibrio perdido, porque constituía una deuda con la memoria de Julie y para que otros alpinistas que vayan en adelante al Himalaya y se encuentren con situaciones similares sepan tomar en cada momento las decisiones adecuadas.

• El libro, a punto de publicarse al redactar estas líneas, lleva el título *K2, sueño y destino* y resume el triángulo de relación que durante muchos años se estableció entre la pirámide del Karakorum, Julie y él mismo.

—Fue en el año 57 cuando vi por primera vez el K2. En aquella expedición realicé la primera ascensión al Broad Peak, junto a Herman Buhl. Después he vuelto en muchas ocasiones al Karakorum y al propio K2. La última ha sido la experiencia más dura de mi vida, pero antes hay episodios plenos de grandes satisfacciones en torno a esta montaña. Pocas horas antes de que comenzara esta tragedia la felicidad de Julie y

miya había sido inmensa al coronar la cumbre. Entonces no sabíamos lo próximas que estaban la felicidad y la muerte.

• Desde aquel primer acercamiento al K2 han pasado treinta y tres años, durante los cuales Diemberger ha mantenido una presencia constante en el Himalaya, logrando ascender en siete ocasiones a cumbres de ocho mil metros. ¿Han cambiado mucho las formas del himalayismo en este largo período?

—Cuando fui con Buhl éramos la única expedición en todo el Karakorum. Ahora hay varias expediciones en una sola montaña. Esto conlleva un gran peligro, como se demostró en el drama que vivimos, porque cada grupo tiene una idea, un estilo y un planteamiento diferentes. La falta de una tienda y el retraso de un día en la progresión de algunas cordadas creó una concatenación de circunstancias que nos llevaron a la tragedia.

• ¿Se ha cuestionado después de esa amarga experiencia si verdaderamente una montaña merece el pago de un tributo tan elevado?

—Obviamente, nadie sube a sabiendas al encuentro de la muerte. Antes de salir no sabes lo que va a pasar. De otra manera no sales. Pero no se deben sacar deducciones de un hecho concreto. En altitud, es cierto que se puede morir, pero también se vivía y se vive con una intensidad extrema.

• ¿Cómo se afronta la muerte cuando se la ve tan de cerca?

—En mi caso no sentía la muerte como algo traumático. No sé si estaba próxima o no. Me dormilaba, era casi como un sueño. Quizá esa sensación era la muerte.

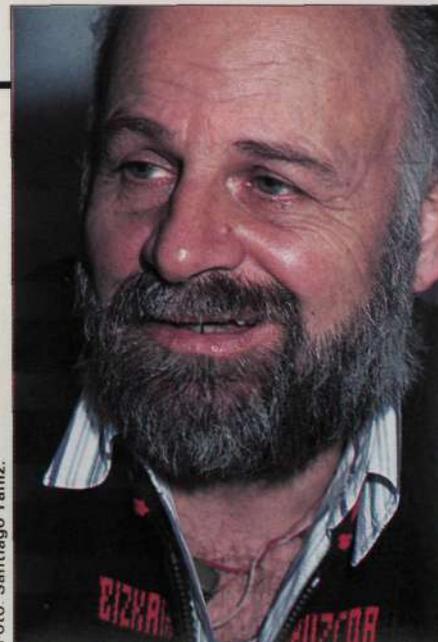


Foto: Santiago Yániz.

Kurt Diemberger

• En cualquier caso, tras su increíble supervivencia, Kurt relativiza el riesgo que se vive en grandes altitudes. «Después de regresar del K2, por poco me muero de malaria».

A pesar de sus lesiones físicas y anímicas —«pasó mucho tiempo antes de que reencontrara el equilibrio psicológico»— el alpinista austríaco ha regresado de nuevo al Himalaya. «Para mí es casi una necesidad el estar en contacto con la montaña. Ahora no me es posible hacer cosas difíciles, pero puedo seguir filmando».

• Siendo uno de los hombres de mayor experiencia en altitudes extremas, ¿cuál es el himalayista que más admira?

—Habría muchos, pero especialmente entre los de la última generación citaré al polaco Kukuczka, que ha muerto hace poco en el Lhotse. Me parecía un himalayista admirable.

• Se le ha visto adherido a las presentaciones públicas del movimiento Mountain Wildernes. ¿Le preocupa el deterioro de la montaña?

—En el momento actual existen demasiadas expediciones grandes, que generan una gran cantidad de basuras, especialmente en torno a las cumbres más conocidas. Como solución debería estudiarse el establecimiento de limitaciones en la concesión de permisos y, por otra parte, la recomposición del estado original de las montañas con la promoción de expediciones de limpieza.

• Para un alpinista que, como usted pasa buena parte de su vida en expediciones o viajando para ofrecer proyecciones, ¿es compatible esa actividad con la vida familiar?

—El de los alpinistas es un problema similar al de algunas otras profesiones, como la de marino, por ejemplo. Puede resultar una postura egocéntrica, pero requiere de la aceptación de ciertas condiciones y limitaciones, sin las cuales no resulta posible su ejercicio.

En el K2 en 1986: Mari, Renato, Josema, Kurt y Julie celebrando el éxito de la expedición Kaiku Karakorum.



Foto: Mari Abrego.